

Raíces en el Equipaje

FRAGMENTO IX
BERLIN, 1920

Pase varias semanas visitando a mis antiguos compañeros de estudio. Algunos estaban trabajando en lo suyo; otros se debieron hacer cargo de los negocios familiares, y otros tenían dificultades para encontrar trabajo.

-¡Qué suerte que te hayas ido a Bolivia! No te imaginas todas las penurias que hemos pasado aquí. Lo más conveniente es que regreses lo antes posible; en este país no hay futuro!

En realidad, no me imaginaba lo que habían pasado; y ellos no sabían nada de lo mío. Berlín estaba muy cambiado. Ya no era la antigua ciudad imperial, elegante y digna. Ahora parecía ser el imperio de los aprovechadores y cazafortunas; los joyeros y mafiosos de todo tipo hacían nata y ganaban mucho dinero. Se había desatado una inflación galopante, pero a nadie parecía importarle. "Están hipotecando su futuro", pensaba; pero casi nunca me atrevía a decirlo en voz alta. Las veces que di mi opinión, no fui bien recibido; siempre me hacían sentir que no podía entender su realidad, porque había estado fuera. No eran capaces de percatarse de que, a veces, el que observa desde fuera ve más que el que se encuentra en el centro del torbellino.

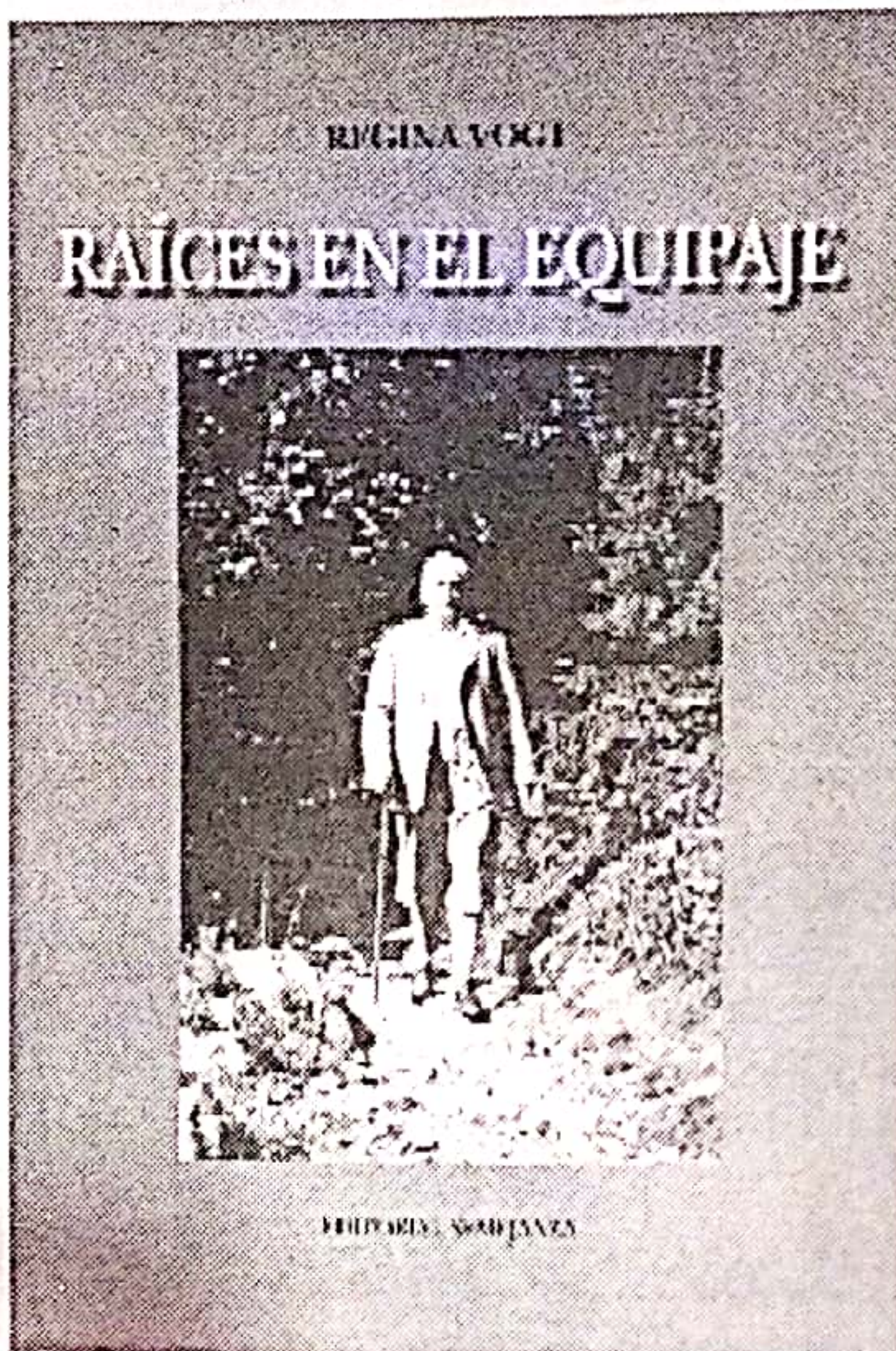
Después de algunas tertulias con mis amigos, decidí hacer algo por mi futuro: uno de los propósitos de mi viaje era encontrar esposa. ¡Pero qué iluso había sido allí en Bolivia! Me imaginé que, con el solo hecho de venir desde Sudamérica, con algo de dinero y promesas de futuro, las muchachas caerían rendidas a mis pies. Se me olvidaba un pequeño detalle: nadie se enamora por decreto, y menos de un personaje tan serio y poco conversador como yo. Me faltaban todos los atributos de un conquistador: no era elegante, no tenía chispa, no era divertido, ni sabía seducir a las mujeres. Tuve un encuentro con una chica de veinte años, hermana de uno de mis amigos. Me pareció bastante simpática, y era atractiva. A lo largo de nuestra conversación (que corría más por cuenta de ella que de mí), me fui entusiasmando, y de pronto le conté que pensaba volver a Sudamérica. Entonces me lanzó una mirada llena de coquetería y preguntó:

- ¿El sol es muy fuerte allá? ¿No le hará daño a mi cutis tan delicado?

"Ni sueñes que me llevaré una muñeca de porcelana a Bolivia", pensé. Con esto, terminó nuestra breve entrevista.

- Pon un aviso en el diario- fue el consejo de un amigo.

Aunque la idea me parecía un tanto descabellada, después de algunos días le hice caso. Pensé que no perdía nada con intentarlo. En Berlín no me conocía casi nadie, así es que no corría peligro de hacer el ridículo. Como respuesta a mi anuncio, recibí un montón de cartas. Pasé una semana completa leyendo y clasificando las fotos de las posibles candidatas. Varias veces me sorprendí pensando en lo absurdo de la situación, y estuve a punto de tirar todas las cartas a la basura. Pero luego me arrepentía, me daban pena las ilusiones de aquellas pobres mujeres. Para no comprometerme, devolví todas las fotografías; no tenía ningún interés en que alguien pudiese encontrarlas en mi poder. De todas las candidatas, seleccioné unas pocas y les escribí. Mantuvimos contacto durante algún tiempo, pero luego el interés se acabó, ni quisiera puedo decir si fui yo o ellas quienes no volvieron a escribir. Simplemente, no teníamos nada que decirnos. Me di cuenta de que



era muy difícil conocer a alguien de este modo; nada puede reemplazar el contacto directo de las miradas; el estar presente es indispensable. Hubo una sola chica que conocí personalmente; la fui a visitar a su ciudad. Era hija de un oficial. Me pareció bastante agradable, pero daba la impresión de ser muy delicada y algo enfermiza. Pensé que una criatura tan etérea no tendría muy buen futuro en las minas de Bolivia. ¿Cómo hacerle ver estos inconvenientes? En aquellos momentos odié a mi amigo: nunca más pasaría por una situación tan bochornosa. Definitivamente no se puede buscar una esposa como quien compra una casa o un terreno. La pobre chica se alejó después de un par de entrevistas; creo que ella misma se dio cuenta del problema. Tiene que haber sido duro para ella; se notaba que había respondido al aviso movida por la desesperación de quien ya no tiene muchas oportunidades. Después de estas aventuras, decidí regresar a Greiz para despedirme de mis parientes.

Prefería volver soltero a Bolivia que seguir pasando vergüenzas. Me propuse no contarle a nadie este capítulo de mi vida.

GREIZ, 1920

Por segunda vez en este año me encuentro de regreso en mi ciudad natal. He decidido quedarme en casa en las últimas semanas de este frío invierno, conversar con mi madre y disfrutar de su compañía. La noto contenta, me sigue como un perrito, tal parece que teme perderme de nuevo. Si le cuento de mi vida en Bolivia, me escucha con gran asombro. Siento que mis palabras se graban en su mente; es como si bebiera de mis labios; sé que recordará para siempre todo lo que relato. Mientras me escucha, sus manos laboriosas nunca descansan. Sus dedos van desgranando arvejas, pelan zanahorias, cortan papas en trozos pequeños. De vez en cuando esos dedos se quedan como esperando que continúe con mi historia, reposan sobre su falda muy silenciosos, para no romper la magia del momento. Al mirar sus ojos, me parece ver la Cordillera de los Andes; se la acabo de describir con tanto entusiasmo, que también yo la veo en mi recuerdo.

-¿Nunca tuviste miedo en aquella soledad? -me pregunta casi sin aliento.

La miro sin responder. Nos comprendemos. Ella sabe que el miedo es inevitable, como también lo es la sed de aventuras y de mundos nuevos que siempre tuve. Sabe que regresaré a las soledades, pero que soy feliz a mi manera.

-¿Piensas regresar solo a Bolivia?

Es la pregunta que faltaba y que había tratado de evitar.

-¿Crees que alguna muchacha querrá ir a enterrarse en aquel mundo tan distinto? -respondo sin mirarla.

- Será difícil, pero no imposible. Dios dirá, mi querido Hermann. En todo caso, si encuentras a una chica dispuesta a hacerlo, podrás estar seguro de que te ama.

Durante varios días sus palabras siguieron resonando en mi memoria. Tenía mucha razón, pero al parecer la tal chica no existe.

REGINA VOGT BREHM (1954-Santiago de Chile). Poeta y escritora.